



AÑO II

→ BARCELONA 14 DE MAYO DE 1883 →

NÚM. 72

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



GORRA DE PLATA, retrato que forma parte de la Galería de mujeres hermosas

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—NUESTROS GRABADOS.—EL DESMEMORIADO, por don Antonio de Trueba.—LAS GOLONDRINAS, por don Enrique Perez Escrich.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.—EL ESPEJO, por don Juan Justo Uguet.

GRABADOS.—GORRO DE PLATA.—ZAMBRA DE GITANOS, por J. Rougeron.—EN LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES, cuadro por E. Lancerotto.—EL BIBLIÓFILO, dibujo por Fortuny.—EL MEN- DIGO, copia de una acuarela de M. Lazzaroni.—Lámina suelta: EL BAUTIZO, cuadro por L. Leloir.

REVISTA DE MADRID

Triunfo de los actores portugueses.—Lucinda Simoes.—No estudiamos las cosas de Portugal.—Dificultades del portugués en la escena.—El lenguaje del alma.—Ovacion entusiasta.—Diferencias entre Furtado Coelho y su esposa Lucinda.—La escuela de don Julian Romea.—Unas palabras de Arderius.—Alegría general.—El arte une los pueblos.—Campoamor en el Ateneo.—Sus originalidades.—Defensa de la metafísica.

¡La compañía portuguesa ha triunfado!

El día en que dieron los apreciables artistas lusitanos su primera representacion, acudió al teatro de la Comedia numerosa concurrencia.

Todo el mundo se preguntaba:

—¿Cómo acabará esto?

¡Y la verdad es que acabó con una verdadera explosion de entusiasmo!

¡Portugal nos dominó con las dulces cadenas del arte escénico!

* *

Durará mucho tiempo en mi memoria la impresion que recibí aquella noche.

Nosotros no sabíamos que Portugal atesorase una actriz como Lucinda Simoes.

Tenemos el defecto, —preciso es confesarlo,— de ignorar las cosas portuguesas. Por encima de los Pirineos miramos á Europa, y sobre todo á Francia, de la cual copiamos ó imitamos la literatura, las modas, ... hasta los sentimientos; pero rara vez dirigimos una mirada al otro extremo del Tajo.

Virginia Marini es una actriz italiana tan popular en Madrid que apenas se encontrará quien alguna vez no la haya aplaudido.

Antes de que presenciáramos las representaciones de Sarah Bernhardt teníamos ya multitud de ideas sobre esta actriz extraordinaria, adquiridas por medio de la prensa francesa. Conocíamos sus cualidades y sus defectos; habíamos leído el inventario de sus trajes y de sus joyas riquísimas; sabíamos que su arte estaba sancionado por la crítica del mundo entero; que la opinion soberana había dictado su fallo, y que no podíamos ser una nota discordante en el concierto artístico del mundo entero.

Así es que cuando vino Sarah Bernhardt, nuestros aplausos á la actriz francesa fueron una especie de reconocimiento de la fama que la precedía.

Pero con Lucinda Simoes, actriz portuguesa, no ocurrió nada de esto. Nadie la conocía: no tenía historia, por lo ménos, para nosotros.

Salió á la escena y se impuso en seguida, por su naturalidad y la manera exquisita de expresar los afectos del alma.

¡Cosa rara! Apenas se la entendía... Esa lengua tan vecina de la nuestra, ese idioma que (dispensen los portugueses) puede ser considerado como un dialecto, que todos los españoles traducimos sin necesidad de maestro, nos resultaba completamente oscuro en la escena. Aquello era una tenebrosa noche iluminada tan solo de vez en cuando por momentáneos fulgores. Imaginad un desierto donde al cabo de largas jornadas por las arenas se descubre algun oasis con vegetacion, con agua, con sombra deliciosa, y tendreis una idea de lo que resultaba para nosotros la lengua portuguesa en la escena española.

Los oasis á que me he referido en el símil anterior eran las palabras que solian llegar á nuestro oído, completamente castellanas, y que nos hacian decir por un instante:

—¡Vaya!... ¡Si lo entiendo!

Hasta que volvíamos á penetrar en las densas tinieblas de lo desconocido.

Pero... la mímica, la accion, los movimientos de la figura ejercen un poder inmenso en el arte teatral.

Una vez presentada la eminente Lucinda, si no entendíamos los sonidos, podíamos seguir la comedia en los ojos y en la sonrisa de la actriz portuguesa.

El lenguaje del alma es universal; se entiende en todas partes.

Además, la obra que se representaba era la comedia de Dumas hijo titulada *Demi monde*, y pocas personas habría aquella noche en el teatro que no la conocieran.

Lucinda Simoes, esposa de Furtado Coelho (otro actor notable de la compañía portuguesa) hacia el papel de *baronesa d'Auge*.

Como he dicho ántes, su primera salida nos impuso ya á todos.

Habíamos empezado á sonreirnos desdeñosamente, y bien pronto quedó nuestra soberbia castigada. Nos pusimos serios.

Cayó el telon despues de concluirse el primer acto, y se oyó repetidas veces en los pasillos esta exclamacion:

—¡Ya quisieramos nosotros poseer una actriz semejante!

Y eso que Lucinda no habia tenido aún ocasion de desplegar los recursos de su talento maravilloso.

No tardó mucho, sin embargo, en hacer de ellos ostentacion poderosa.

En el segundo acto vióse envuelta en una atmósfera de cariñosa simpatía.

Los aplausos fueron merecidos.

Y en los actos siguientes obtuvo la insigne actriz una ovacion entusiasta, delirante, fanática.

Su esposo Furtado Coelho compartió justamente con ella los aplausos.

Son dos artistas de primera fila. Él tiene la ventaja para nosotros de vocalizar muy bien, de modo que se le entiende la mayor parte de lo que dice.

¡Cómo hizo la relacion en que Olivier de Jalin explica á Raimundo de Nanjac los misterios del *demi monde*! ¡Admirable!

Pero Furtado Coelho no es tan natural como su esposa; y en eso estriba su inferioridad.

Lucinda tiene la sobriedad de procedimientos propia de todos los grandes artistas. Habla como podria hablar en su casa; pero en su voz, en su figura, se reverberan los sentimientos como si al través de un cristal contemplárais su alma.

Yo no recuerdo más que otro actor que poseyese la naturalidad y el talento escénico que nos ha revelado Lucinda. ¡Ese actor era nuestro inolvidable D. Julian Romea!

Cuando el representante del teatro de la Comedia, que habia tenido la atencion de enviarme una butaca de primera fila, vino á preguntarme qué me parecía, no pude ménos de prorumpir en vivas y entusiastas exclamaciones.

A iguales extremos se entregaban todos los autores dramáticos, literatos, artistas, críticos y periodistas que habian presenciado la primera representacion portuguesa.

Arderius, el activo empresario de la Zarzuela, me dijo lo siguiente:

—A mí no me extraña el entusiasmo de Vds. Yo conocia de antemano á esa gente. En Portugal hay buenos actores. Desengáñese V... salvo dos ó tres excepciones, Madrid es la capital del mundo que tiene peores artistas escénicos. ¡Ya ve V.! ahora acabamos de reconocer y sancionar el mérito de dos artistas portugueses completamente desconocidos del público madrileño. Ya sólo nos falta una cosa; y es aplaudir en la corte de España á una compañía regional, la catalana, por ejemplo, y tener que confesar (como así sucederia si viniesen á dar en Madrid algunas representaciones) que los actores catalanes representando obras de *Serafi Pitarra* y otros dramaturgos del antiguo Principado, superan á los artistas que escuchamos y áun aplaudimos en Madrid comunmente.

* *

Digamos en honor de la verdad que todo el mundo se alegraba del éxito obtenido por los portugueses.

Portugal es nuestra hermana; y el día en que establezcamos entre la patria de Calderon y la patria de Camoens verdaderos lazos artísticos, que son los que más fuertemente atan á los pueblos, el día en que sea mutua la gloria de las bellas letras y de las artes de ambos países, aquel día Portugal y España quedarán unidos.

Yo contribuí con mis aplausos, y contribuyo ahora con lo que dejo dicho.

Me vanaglorio de ello. Por lo ménos, uno de los sutiles hilos de que se componga la cinta que ha de unir ambos pueblos es obra mia.

* *

La otra noche celebróse una velada en el Ateneo de Madrid llena de amenidad y de atractivo.

El venerable poeta D. Ramon de Campoamor hizo el resumen de los debates que durante este año se han sostenido en la seccion de Literatura.

Ya se sabe: Campoamor tiene las simpatías unánimes del Ateneo.

Es un conservador-reformista.

Este año ha presidido la seccion de una manera original y nueva. Desde la presidencia ha tomado parte en los debates explicando teorías y diciendo agudezas ni más ni ménos que si en vez de estar sentado en la presidencia se hallara sentado en las butacas.

Muchos de los que asistian á los debates, no decian:

—Voy á la sesion de Literatura.

Sino:

—Voy á ver presidir á Campoamor.

Muchas noches presidia con el sombrero puesto... como en familia; lo cual autorizaba á los socios para que hicieran lo mismo.

—¡No sabia—dijo uno—que Campoamor fuese tan amante de Aristóteles!

—¿Por qué lo dice V.?

—Porque lo sigue hasta en el capítulo de los sombreros. Parece exclamar como aquel personaje de Molière:

—Aristóteles manda que nos cubramos.

* *

Pues bien, el resumen del Sr. Campoamor fué coreado por las risas y los aplausos del auditorio.

Leyó con muchísimo gracejo unos trozos del libro que con motivo de aquellas discusiones dará pronto á luz, y que se titulará *Ideismo*.

El trabajo del Sr. Campoamor es una ingeniosa defensa de la metafísica.

Intencion, gracia, originalidad, delicadeza, humorismo... todo esto se encuentra á manos llenas en la Memoria del ilustre poeta.

Campoamor es una especie de místico volteriano que anda por el mundo ejerciendo sus funciones con la piqueta demoledora en una mano y un instrumento de paz y de concordia en la otra.

Decia un socio del Ateneo:

—¡Nadie tiene ménos derecho á ser metafísico que el Sr. Campoamor!

—¡No veo la razon!

—Pues yo sí. El Sr. Campoamor es persona que goza de todas las comodidades de la vida. Es imposible poderle aplicar el verso de Cervantes:

—¡Metafísico estais!—Es que no como...

PEDRO BOFILL

Madrid 10 de mayo de 1883

NUESTROS GRABADOS

GORRO DE PLATA

(Retrato que forma parte de la Galeria de mujeres hermosas)

—Dime con quién andas y te diré quién eres.

Esto dice el refran.

Nosotros no somos *refranistas*, pero nos permitimos decir:

—Dime qué coleccionas, y te diré cuáles son tus sentimientos.

¿Colecionas escarabajos ó caracoles? Eres pacífico por excelencia.

¿Colecionas billetes de banco? Eres ambicioso.

¿Colecionas onzas de oro? Eres avaro.

¿Colecionas sellos de correo? Eres muy niño ó muy bobo.

A pesar de todo, ¿qué concepto formaríamos del que colecciona retratos de mujeres hermosas? Somos francos; formaríamos un buen concepto.

Y no se crea que, al emitir esta opinion, pagamos tributo á un grosero materialismo. El sensualista, el que en la belleza no halla otra cosa que el instrumento del placer; ese podrá, si quiere, largarse á Turquía, y comprar, si puede, el harem de algun turco tronado que venda en un lote sus mujeres y sus caballos.

Por nuestra parte, y sin erigir en principio de derecho, como el areópago, que en la belleza no cabe el delito; diremos que la contemplacion de esa belleza, cualquiera que sea su manifestacion, y más aún bajo la forma de la mujer, eleva el pensamiento á esferas superiores y es fuente de inspiraciones nobles, que ejercen poderosa influencia en nuestra manera de sentir y, por consecuencia, de obrar.

En este supuesto, es de aplaudir el pensamiento de aquel rey de Baviera que inició en su palacio una galeria, hoy ya numerosa, de las mujeres hermosas de su Estado, sin distincion de clases. Y algo útil contendria este proyecto, cuando otros Estados alemanes lo han adoptado.

El ejemplar que hoy ofrecemos á nuestros favorecedores, demuestra que el encargo de escoger los tipos corresponde dignamente á la difícil y agradable mision que le ha sido confiada.

ZAMBRA DE GITANOS, cuadro por J. Rougeron

No todos los moros salieron de Granada cuando en la Torre de la Vela se enarboló el pendon de los Reyes Católicos.

Semilla de Africa quedó en la oriental ciudad que baña el Genil, y esa semilla fructificó, pese al inquisidor Torquemada y al decreto de expulsion de los moriscos y á los autos de fe y á todas las persecuciones civiles y religiosas con que la Iglesia y el Estado abrumaron á los levantiscos herejes. Los descendientes de aquellos que fueron dueños de Granada y la perdieron como se pierde todo, por sus miserias, celos y rencillas personales, habitan, siquiera en pequeño número, y por dicha suya, cabe aquella maravillosa Alhambra que construyeron sus abuelos bajo los planos concebidos por una sensual *huri*; y aunque pobres, despreciados y solamente en comercio tenebroso con algunos extranjeritos, aspiran el aroma de las flores en la cuesta de Gomeles ó se guarecen indolentemente de los rayos del sol debajo de los románticos cipreses del Generalife.

Si, por acaso, vais á Granada y acertais á asomarnos por el delicioso mirador de Lindaraja, descubrireis un barrio típico, el Albaicin, que conserva no sólo su antiguo nombre, sino su antiguo aspecto. Allí casi nada ha cambiado, ni las cosas ni las personas. Si los soldados del Rey Chico dejaran sus sepulcros para dar un paseo por su antigua ciudad favorita, volverian á llamar á la puerta de la misma casa en que, hace siglos, se embriagaron de amor y de vino jerezano (salvo el respeto á la prohibicion del Profeta).

Pues bien, visitad ese barrio, ó buscad un equivalente en la deliciosa poblacion morisca; penetrad, con ó sin permiso, donde oigais rascar una guitarra ó entonar un jaleo con voz no siempre fresca; y de fijo en la trastienda de una pretendida taberna, ó en el tenebroso patio de una trapería nominal, dareis con la escena pintada por Rougeron con perfecto conocimiento de causa y de tipos.

El espectáculo es para verse y no cuesta muy caro: unas cañitas para el *cantaor*, unos buñuelos para la *bañalora* y una propina para el viejo rufian que explota, entre moro y judío, la curiosidad de los artistas y el dispendioso *spleen* de los ingleses.

EN LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES, cuadro por E. Lancerotto

En toda Exposicion hay dos cosas esenciales que estudiar; los objetos expuestos y el público que acude á contemplarlos.

Ambas cosas ha reproducido el autor de este cuadro. La preferencia, sin embargo, ha sido concedida al público. La exposicion, sin que deje de tener importancia, viene á ser como el pretexto de varios grupos, en cuya ejecucion compiten lo natural y el arte.

Penetra en la galeria una dama elegante, entre curiosa é inteligente; uno de esos figurines de quienes puede dudarse si acude á ver lo expuesto ó á exponerse á sí propia.

Un viejo labriego contempla una hermosa escultura y hace observar á sus tiernos acompañantes con cuánta delicadeza la ninfa de mármol coge el cactus que crece en el agua figurada. En este grupo es notable la naturalidad de expresion de su figura principal.

Una jóven, una *conocedora* sin duda, se ha propuesto examinar á su sabor la preciosa escultura, que probablemente debe ser la obra maestra de la exposicion, pues atrae numeroso concurso de espectadores. Alguno, ó *alguna*, de estos extraña y hace burla de la calma que demuestra la jóven, cómodamente sentada y embebida en la lectura del catálogo, hasta el punto de prescindir de cuantos personajes la rodean.

La multitud que se apiña en el fondo hace el papel... de multitud.

Este cuadro está bien concebido y ejecutado; su autor dibuja sin duda correctamente y aún es posible que el color realce las condiciones que nos complacemos en reconocerle.

Lienzos como este son agradables, y hasta se venden á buen precio.

EL BIBLIOFILO, dibujo por Fortuny

Unos cuantos compases revelan el nombre de un maestro; en unos cuantos versos se conoce qué poeta los ha compuesto; en unas cuantas pinceladas se descubre la mano de tal ó cual pintor.

Es necesario, empero, que ese pintor, que ese poeta, que ese maestro, no pertenezcan al vulgo de las letras ó de las artes; es necesario que el músico se llame Rossini ó Meyerbeer ó Wagner; que el poeta se llame Calderon ó Quintana ó Zorrilla; que el pintor se llame Rafael ó Murillo ó el Ticiano.

Donde hay verdadero genio hay género propio; género que siempre tiene un mismo objetivo, lo bello; un mismo modelo, la naturaleza; pero que dentro de ese bello y de esa naturaleza es vario, como varias son las especies de una misma familia, como varios son los colores y los aromas de las flores, siendo todas flores; como varios son los trinos de los pájaros, siendo todos pájaros; como varios son los celajes de un horizonte, siendo todos nubes y rayos de luz.

El género propio es tan peculiar del artista eminente que ninguno de nuestros lectores habrá dejado de adivinar, á la simple vista del *bibliófilo*, que este precioso dibujo es del inmortal y malogrado Fortuny. ¿Quién, con menos recursos, traza una figura que mejor corresponda á su objeto, que diga más con menos toques, que esté sentada con mayor aplomo, que se fije en la lectura con mayor atencion; obedeciendo todo con mayor puntualidad á la manera particular de hacer, á la facilidad característica del ilustre pintor reusense?

Dícese vulgarmente que para muestra basta un boton. Nuestro *Bibliófilo* es la comprobacion de este aforismo.

EL MENDIGO, acuarela del baron M. Lazzaroni

Apoyado en un grueso palo, sentado en un banquillo, con la cabeza inclinada, el rostro surcado de arrugas y la barba larga y descuidada, el pobre anciano alarga su mugriento sombrero para recibir el óbolo del transeunte, compadecido al ver aquel cúmulo de andrajos y ruinas. Esta media figura, está trazada con tal soltura, los efectos de claro oscuro tan bien entendidos, que no parece obra de un simple aficionado, como el baron Lazzaroni, sino de un artista experto y conocedor de los recursos del dibujo y del colorido. Sobre todo la expresion de ese rostro macilento al par que venerable, revela que su autor ha hecho un estudio del natural, tan detenido como aprovechado.

EL BAUTIZO, cuadro por Luis Leloir

Un bautizo es casi siempre ocasion para una fiesta de familia; pero cuando el recién nacido es vástago primogénito y varon de un matrimonio entre nobles personajes, la fiesta adquiere proporciones de un verdadero acontecimiento.

Y lo es sin duda con razon; y lo era con mayor motivo en época más próxima á las edades aquellas en que la esterilidad era casi conceptuada una maldicion de Dios.

No debe extrañarnos, por lo tanto, la importancia que dan los personajes de nuestro cuadro á la ceremonia en que toman parte. Desde luego se echa de ver que el protagonista de ella es oriundo de casa principal y que, si Dios le conserva la vida, heredará con el tiempo el viejo castillo en que ha visto la luz, y *ainda más*, vastas haciendas, armaduras antiguas, pergaminos más antiguos que las armaduras, un gran número de vasallos apreciables y una hermosa coleccion de perros de caza, si no más apreciables, indudablemente más apreciados.

Es natural, por lo tanto, que la cosa se celebre con el fausto y prosopopeya consiguientes. El ilustre retoño pre-

cede á la lucida comitiva y es recibido al pié de la escalera por los no menos ilustres padrinos, ó cuando menos invitados muy principales y muy empingorotados. Aquí empiezan las saluciones y los votos para que el Señor haga del tierno infante un cazador más fuerte que Nemrod y un caballero más cumplido que Amadís.

A todo esto los músicos se preparan, para atronar los aires, con sendas libaciones, y la gente del pueblo se agolpa á las puertas del castillo, que les serán franqueadas más tarde, á fin de que todo sea alegría y júbilo en honor del que más tarde asolará los campos con sus jaurías ó apaleará, en un rato de buen humor, á algun marido celoso.

Esta composicion tiene sabor de época y su autor parece haber presenciado alguna vez la escena que fielmente reproduce. El cuadro está hecho á conciencia, lo cual no ocurre siempre tratándose de asuntos en que precisa que los menores detalles contribuyan al efecto total, ó cuando menos no lo desentonen.

EL DESMEMORIADO

CUENTO POPULAR RECOGIDO EN VIZCAYA (1)

I

Carranza es un valle de Vizcaya que tiene más fisonomía montañesa que vizcaina como metodo casi en el corazon de la montaña. Dicese en las Encartaciones que en Carranza todo es pequeño: los hombres, que son bajos aunque rechonchos y fuertes; los ganados que son de razas pequeñas; el maíz que es de la especie llamada en vascuence *arto-chiquili* (maíz pequeño), y hasta la extension de terreno que cada labrador cultiva es pequeña áun comparada con la que cultivan los del resto de Vizcaya que no es grande aunque sí productiva por el mucho esmero del cultivo, el abono y la bondad del clima.

A esta última pequeñez se alude en una de las muchas anécdotas con que los encartados dan bromas á los carranzanos. Cuéntase que con motivo de cierta festividad, en Carranza habia corridas de toros ó novillos, y el público, apostado en las paredes del coso y en los portales, se impacientaba porque tardaba en dar principio la fiesta.

Esa tardanza era para dar tiempo á que llegara una señora llamada doña María de Trilla, muy popular y estimada en todo el valle por lo dispuesta que estaba siempre á favorecer á sus convecinos necesitados. Uno de los espectadores se distinguia entre todos por su oposicion á que empezase la corrida ántes de la llegada de doña María de Trilla.

Esta llegada se dilataba, el público no podía ya contener su impaciencia y el alcalde se mostraba como dispuesto á hacer la seña para que se abriera la puerta del toril.

—Salga el toro! Salga el toro! gritaba la muchedumbre, y entonces el carranzano que más empeño habia mostrado por que se esperase á doña María de Trilla, saltó al coso, y encarándose con el público respondió desesperado al grito de ¡salga el toro!

—No ha de *salgar* hasta que venga doña María de Trilla que me dió un celemin de cebada para sembrar.

Podrá haber en Carranza muchas cosas pequeñas, pero hay una que no lo es: el corazon de los carranzanos que le tienen grande para combatir, para sufrir, para trabajar y hasta para comer y beber.

Desde tiempo inmemorial se dedica una buena parte de la juventud carranzana de ambos sexos al servicio doméstico en las comarcas circunvecinas y muy particularmente en las Encartaciones. Ya en el siglo XIV debia existir esta costumbre, pues Lope García de Salazar que nació al terminar este siglo, hace mencion, en su inédito *Libro de las buenas andanzas é fortunas*, de criados carranzanos servidores de su ilustre casa, y siglo y medio despues don Lope de Salvador su nieto dejaba en su testamento mandas á criados carranzanos.

Lo menos otro siglo y medio despues debió *floracer* el criado carranzano que hace de protagonista en el cuento popular á que me ha parecido conveniente dar por prefacio estos renglones, porque el método que yo he seguido en las nueve colecciones de cuentos que llevo dadas á luz no se conforma con el de otros coleccionistas, consistente en dar á conocer los cuentos tales como los han recogido de boca del pueblo.

II

Nelas (como en aquella comarca simplifican ó mejor dicho *cariñituan* el nombre de Manuel), Nelas el carranzano tenia un gran defecto, cada vez más pronunciado, para el servicio doméstico á que se dedicaba desde mōzuelo: este defecto era la falta de memoria, hija de la falta de entendimiento. Por esta falta no le queria ya nadie recibir en su casa á pesar de que tenia fama merecida de muy honrado, muy trabajador, muy humilde y de muy buena voluntad. Sabedor de que en una de las casas principales de Sopuerta, que era la de los Salazares de las Rivas, necesitaban un criado, se apresuró á presentarse en ella solicitando acomodo.

Lo primero que hizo por vía de solicitud fué decir á

(1) Repetidas veces he advertido que muchos de los cuentos populares españoles son tambien populares en otros países aunque generalmente con notables variantes. El presente, recogido por mí de boca de una niña de las Encartaciones, está incluido por M. Montcaut entre sus *Cuentos populares de Gascuña*, si bien diferenciándose en todo de este, ménos en la idea capital.

los señores, sin que estos se lo preguntasen, que su mayor defecto era la falta de memoria, por lo que nadie le queria en su casa y hacia ya meses que estaba desocupado y vivia con una racion de hambre y otra de necesidad.

A los señores de la casa pareció grave defecto el que el carranzano confesaba sin preguntárselo nadie, porque principalmente le necesitaban para llevar recados verbales, pero les enamoró tanto la ingenuidad del mozo, que se decidieron á tomarle á su servicio, tanto más cuanto que era ya costumbre secular en los diferentes ramos de su linaje el valerse de criados carranzanos que por otra parte tenian fama nunca desmentida de fieles á carta cabal.

Nelas creyó volverse loco de alegría cuando consiguió entrar en tan buena casa y juró hacer prodigios de voluntad para suplir con esta su falta de memoria.

Al pobre no se le ocurría que las potencias del alma son tres y no dos: memoria, entendimiento y voluntad. Memoria no tenia, entendimiento tampoco. Pues qué, ¿con voluntad iba á hacer memoria y entendimiento? Hum! difícilillo lo veo.

Si Nelas hubiera sabido escribir ó su amo acostumbrara á mandar los recados por escrito, todo se hubiera podido conciliar, pero era el caso que Nelas ni áun sabia la jota aragonesa y su amo habia ido quedando tan corto de vista á fuerza de apuntar venal carbon y hierro en su herrería de Ballibrán, que habia jurado no volver á apuntar ni áun con la escopeta á los tordos que manducaban las mejores cerezas y las mejores brevas del gran cercado que aún subsiste detrás de su casa.

III

Al día siguiente de entrar Nelas á servir en casa de los Salazares de las Rivas le llamó su amo y le dijo:

—Oye, Nelas, vas á ir á llevar un recado á Bilbao y vamos á ver cómo te las compones para no equivocarte.

—Pierda V. cuidado, señor, que como un papagayo he de decir todo lo que V. me encargue. ¿A quién he de llevar el recado, señor?

El Sr. Salazar indicó á Nelas el nombre de un naviero de Bilbao que comerciaba en la exportacion de hierro y le habia hecho un pedido de este metal suponiendo que conservaria en la lonja el que habia labrado en Ballibrán durante los últimos meses. Daba la casualidad de que el nombre y la persona del naviero bilbaino le era á Nelas muy conocido, porque de otra casa donde habia servido le habian enviado muchas veces con cartas y recados para aquel caballero y por tanto al Sr. de Salazar sólo le restaba meter á Nelas en la mollera el recado y no el nombre de la persona á quien habia de llevarle.

—Pues bien, continuó el Sr. de Salazar despues de idear los términos más mínimos y sencillos á que era posible reducir el recado, vas á su casa y le dirás de mi parte *que no tengo ni una onza de hierro*. ¿Lo entiendes, Nelas?

—Pues ¿no lo he de entender, señor? Que no tiene V ni una onza de hierro. ¿No es esto lo que le he de decir?

—Eso nada más.

—Pues eso, señor, por debajo de la pata se lo digo yo.

—Bien, hombre. Toma una peseta para que echés un trago en el camino, que te den algo con que acompañar el trago y ya estás andando.

En efecto pocos minutos despues ya estaba Nelas andando camino de Bilbao.

Aunque mentalmente repetía de cuando en cuando el recado, echó de ver ántes de llegar á Somorrostro que el recado se le iba escapando de la memoria, y recordando entonces lo que los chicos suelen hacer para que no se les olvide el que su madre les ha mandado llevar que es repetirle en alta voz, determinó imitarlos.

—No tiene ni una onza de hierro, no tiene ni una onza de hierro, iba repitiendo sin cesar, y en voz tanto más alta cuanto que si no, ni á sí mismo se oía con el ruidoso *canto* de los carros cargados de vena que subian rio arriba.

En el llano de Bilóchi, que era por donde ántes iba el camino y no por la orilla opuesta del rio como ahora, encontró Nelas unos carros cuyos conductores exclamaron al oírle:

—Calla, ¡ese mozo sabe que en lugar de cargar en Triano, hemos cargado en la cuesta de Fresnedo!

—Sin duda se lo ha dicho algun *lenguetero* que va delante y nos ha visto cargar allí.

—De seguro.

—Pues estamos frescos si llega á noticia del *ferron* que la vena que llevamos no es de Triano!

—Apuradamente necesitan mucho los ferrones para decir que la vena que uno lleva no tiene una onza de hierro aunque se haya reventado uno subiendo á cogerla de la mejor del monte...

Y tenian razon en esto los carreteros, pues los ferrones no querian más vena que la de Triano y siempre estaban recelosos de que los carreteros se la encajaban de otra parte, como por ejemplo de las veneras de Galdames ó Sopuerta ó de las estribaciones somorrostranas de Triano.

—No tiene una onza de hierro, no tiene una onza de hierro, continuaba gritando Nelas.

—Mientes con toda tu boca! le dijeron irritados los carreteros.

—¿Cómo que miento? les replicó Nelas. Es la pura verdad que ni una onza de hierro tiene.

—Pues si no tiene hierro la vena, tendrás tu leña. Toma para que no seas *parletín*.

Y así diciendo, los carreteros comenzaron á descargar sus aijadas sobre las costillas del pobre carranzano.

Por fin éste pudo hacerles comprender el verdadero sentido de su cantinela y suspendieron la peluquina.



ZAMBRA DE GITANOS, cuadro por J. Rougeron



UN BAUTIZO, CUADRO DE M. LUIS LELOR





Lanceroatto Gisis

EN LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES, cuadro por E. Lanceroatto

—Pero, canario, les preguntó, si es malo decir lo que el amo me ha encargado, ¿qué es lo que he de decir?

—Lo que has de decir si no quieres volver á probar las aijadas, es: *Todo es hierro... todo es hierro.*

—Pues bien, lo diré como Vds. quieren, pero para encargarle á uno una cosa así, no es necesario ser tan libertados de manos.

Nelas continuó su camino repitiendo sin cesar y en alta voz:

—Todo es hierro, todo es hierro.

En este nuevo grito perseveraba con tanta más razón cuanto que le valia sonrisas de agradecimiento en vez de palos de los carreteros que iba encontrando y que por lo visto tampoco se habian tomado la molestia de subir á cargar de la rica vena de aquel monte que hizo decir al naturalista Plinio: «En la parte marítima de la Cantabria bañada por el Océano hay un monte quebrado y alto cuya abundancia de hierro es tal que todo él es de esta materia.»

IV

En las Carreras tenia un *rementero* su fragua orilla del camino, y entre él y un hombre, que habia ido á comprarle una hacha, mediaba esta conversacion:

—Yo quiero una hacha que no se *muesque* aunque corte demonios colorados.

—Pues mejor que esta no la encontrarás aunque la busques en el mundo entero. Esta todo lo corta.

—Sí; y puede que no sirva ni para cortar manteca.

—Te digo que esta lo corta todo.

—Puede ser que ni siquiera haya visto el acero.

—Es todo acero hasta el ojo.

Al decir esto el *rementero*, apareció Nelas gritando:

—Todo es hierro, todo es hierro.

Al oír esto, el comprador que ya sacaba la bolsa para pagar el hacha, se la volvió á guardar y se alejó de la fragua diciendo:

—Buen tonto seria yo en comprar una hacha que hasta los pasajeros saben que es toda hierro y por consiguiente no corta nada.

El *rementero* echó mano al *espeque* ó *espeton* que tenia en la fragua, y hecho una furia salió á metérsele por la boca al importuno que le habia hecho perder un parroquiano y aún continuaba diciendo que era toda hierro el hacha.

Nelas retrocedió espantado y así pudo dar tiempo á que el *rementero* calmase un poco su furia, poniéndole de impropios que no habia por dónde cogerle.

—Por vida del otro Dios! exclamó Nelas desesperado y casi llorando al ver las cosas que le sucedian. Pues si es malo decir lo que vengo diciendo, ¿qué es lo que debo decir?

—Lo que debes decir es: *Todo lo corta... Todo lo corta.*

—Pues bien, hombre, eso diré; pero para encargármelo no tenia V. necesidad de ponerse como un condenado y querer meterme el *espeque* reluciente por la boca.

Así diciendo, Nelas continuó su camino gritando:

—Todo lo corta, todo lo corta.

Ya en el alto del Pino del Casal estuvo tentado de mudar de cantinela al oír á un francés que iba por allí tocando un silbato replicarle muy enfadado:

—Yo sólo corto lo que es debido.

Pero desistió de esta tentacion y volvió á gritar lo mismo así que el francés se alejó sin pasar á mayores y desistió con tanto más motivo cuanto que unos chicos de la escuela á quienes habia visto esconderse asustados en unos matorrales, le dijeron al salir de estos cuando el del silbato bajaba ya hácia San Pedro de Abanto:

—Gracias, buen hombre, que sino por lo que V. venia diciendo, ese del silbato nos coge descuidados y nos fastidia.

Un poco ántes de llegar á Nocedal habia dos sebes ó bosques tallares, separadas por un *ilsu* ó mojon. El dueño de una de ellas estaba cortando palos con que hacer *cellas* para las barricas y de cuando en cuando dejaba de cortar en su sebe y pasaba á cortar en la del vecino. Cuando oyó á Nelas gritar:

—Todo lo corta, todo lo corta, — se puso hecho un soliman y salió al camino con uno de los palos de castaño que habia cortado dispuesto á romperle en las costillas del que sin irle ni venirle se metió á acusarle de que lo cortaba todo, lo mismo lo suyo que lo del vecino.

Por más listo que para huir de él anduvo Nelas, este no pudo evitar que le arrimara un estacazo que á poco mas le *carpe* el espinazo.

—Pero, porrazo, le dijo Nelas pidiéndole misericordia con lo compungido de su cara, ¿qué es lo que quiere V. que diga, si no se puede decir lo que el *rementero* de las Carreras me ha mandado?

—Hola, con que el *rementero* te ha mandado decir eso?

—Ya se ve que sí, y si á V. no le gusta dígame qué es lo que he de decir.

—Lo que has de decir es: *El rementero, borracho y embustero.*

—Bien, hombre, eso ni más ni ménos diré, pero para mandarle á uno que diga eso no es menester pegar.

Nelas continuó su camino gritando: El *rementero*, borracho y embustero.

V

El *rementero* de San Salvador era tan aficionado al agua y á la verdad, que no podia ver ni pintado á su compañero el *rementero* de Burceña por la única razon de que este decia que el agua cria ranas y la verdad es amarga. Para encarecer su mucha aficion al agua y por tanto su poca aficion al vino, bastará decir que cada día

rezaba un Padre nuestro por la salvacion del alma del alcalde á quien le ocurriese bajar al campo de la iglesia la rica fuente de San Anton que estaba donde Cristo dió las tres voces, noticia con que de seguro lleno de esperanzas de salvacion al alcalde que de 1880 á 1881 ha realizado el sueño dorado del *rementero* (1).

—¿Oye V. con calma lo que ese mozo va diciendo? preguntaron al *rementero* de San Salvador los que estaban en la fragua cuando Nelas pasó con su cantinela.

—Eso no va conmigo, respondió el *rementero*; lo que prueba que en este mundo para no incomodarse con malévolos juicios ajenos, el mejor remedio es no merecerlos.

El *rementero* de Burceña se dedicaba más que hacer y componer herramientas á trabajar en los barcos ó para los barcos, porque era muy diestro sobre todo para forrarlos de chapa de hierro y componer las averias del forrado, y entónces estaba de muy mal humor porque no habiendo barcos que forrar, no trabajaba.

Cuando oyó lo que decia Nelas, se puso hecho un basilisco y salió al camino con el martillo levantado jurando que iba á hacer y acontecer con el que le insultaba.

—Pero, canute, si esto no va con V., le objetó el *caranzano*.

—Yo te digo que va, replicó el *rementero*, y guárdate muy bien de repetirlo.

—Bueno, hombre, no lo repetiré, pero dígame V. qué he de decir en su lugar.

—Lo que has de decir en lugar de esa insolencia, es: *A la fragua, que el barco hace agua.*

—Bien, caráspita, así lo diré, pero para encargarle á uno que lo diga no es menester ponerse como un toro, contestó Nelas, y continuó su camino hácia Bilbao repitiendo:

—A la fragua que el barco hace agua.

Al llegar á San Mamés, casualmente se encontró con el naviero á quien le enviaba su amo, que iba á ver como andaba la gente que tenia ocupada en embarcar hierro en uno de sus más hermosos barcos fondeado en Olaveaga.

Al ver y conocer al naviero, esforzó su cantinela, no ya sin dirigirse á nadie como hasta entónces habia hecho, sino dirigiéndose al naviero que profundamente alarmado le gritó:

—Corre á decir al *rementero* de Burceña que venga inmediatamente con todo lo que sea necesario para salvar al barco. Corre como una liebre, que si el barco se salva yo te prometo una buena propina.

Oír esto Nelas y volver piés atrás corriendo como si le hubiesen puesto un cohete en salva la parte, todo fué uno, de modo que cuando el naviero, que era viejo y gordo, llegó echando los botes al fondeadero de Olaveaga, ya asomaban por Zorroza el *rementero* de Burceña y Nelas, éste cargado con un atado de chapa de hierro y el otro con una porcion de herramientas de herrero y calafate.

En el barco no se veia ni oia alma viviente y era porque tripulantes y cargadores estaban durmiendo la siesta. Despertados y alborotados con la llegada y las voces del naviero, bajaron á reconocer la bodega del buque y se encontraron con que esta se iba inundando de agua que entraba por una vía abierta en el casco sin duda con el golpe de alguna de las barras de hierro que los cargadores arrojaban violentamente desde la cubierta.

La vía de agua se cortó inmediatamente, el agua que habia entrado se achicó, una nueva y fuerte chapa de hierro substituyó á la rota, y el naviero, persuadido de que el aviso de Nelas le habia valido la salvacion del buque y del cargamento que valian más de un millon de reales, gratificó á Nelas con diez onzas de oro como diez soles.

Al ver las onzas de oro, Nelas se acordó que en el recado de su amo se hablaba de onzas de hierro, y como por el hilo se saca la madeja, cavila que cavila sobre este tema, al fin dió por completo con el recado y como un papagayo se le encajó al naviero que le encargó dijese á su amo *que otra vez seria*, emprendiendo en seguida la vuelta á Sopuerta más alegre que un tamboril con sus diez onzas de oro en el bolsillo y en el estómago una buena merienda que por mandado del naviero le dieron en el barco.

VI

Temeroso Nelas de que se le olvidara el recado del naviero, iba por todo el camino repitiendo en voz alta:

—Que otra vez será... Que otra vez será.

En los bortaes de la fuente de Torres estaban emboscados unos ladrones con objeto de robarle el dinero que trajese de Bilbao, pues creian que su amo le habia enviado á cobrar alguna partida de hierro, pero al oírle decir: «Que otra vez será» entendieron que aquel era el recado que le habia dado el comerciante en vez de darle dinero y se fueron bortaes arriba.

Persuadido Nelas de que no servia para llevar recados verbales porque para eso se necesita en primer lugar la primera de las potencias del alma, consultó á sus amos sobre lo que debia hacer y de sus resultados compró un rebaño de cien ovejas que entónces valian á poco más de un duro cada una, hizose pastor, se casó, tuvo hijos tan buenos como él y su mujer, y vivió muy bien hasta que murió de puro viejo dejando al mundo testimonio de que la buena intencion y la hombría de bien, en cambio de algunas contras que tienen en este mundo, tienen muchas ventajas en este mundo y en el otro.

ANTONIO DE TRUEBA

(1) Este alcalde es D. José Rufino de Olaso que con el título de *Memorias de un alcalde*, va á publicar un libro muy curioso é instructivo.

LAS GOLONDRINAS

La golondrina es indudablemente la avecilla más poética de toda esa gran república alada que puebla el espacio y armoniza los bosques.

Las flores no abren el certámen de sus perfumes hasta que la golondrina viene de la otra parte del Estrecho á presidirlo.

Las golondrinas son las anunciadoras de la primavera, de esa *juventud del año*, y cuando se las ve revolotear por encima de nuestras cabezas, se las saluda con gozo enviándolas una sonrisa.

La golondrina abriga en su diminuto corazoncito las dos grandes virtudes que enaltecen á los hombres: la gratitud y la fidelidad.

Guiada por los recuerdos del amor vuelve de lejanas tierras buscando hospitalidad bajo el mismo techo donde nació, y se enoja y demuestra su mal humor si halla cerrada la ventana ó la puerta por donde entró y salió millones de veces llevando en el pico la partícula de barro para construir su nido ó el insecto para alimentar á sus hijos.

Cuando cree que ha sonado la hora de la emigracion, la golondrina se reúne y emprende la marcha en direccion á sus cuarteles de invierno y de verano, bastándole una hora para atravesar una distancia de ochenta leguas.

El poder de sus alas sólo es comparable con las del ave *fragata*, que, como la golondrina, es la reina del espacio y mira con indiferencia el huracan.

Algunos autores aseguran, no sin fundamento, que la golondrina no canta, sino habla; y efectivamente, si quereis verla enojada, gruñona y parlanchina, poneos á clavar un clavo ó á hacer algo que á ella le moleste junto al sitio donde se halla colgado su nido.

Su algarabía es tal, que parece reprenderos la inoportunidad de vuestra aproximacion y no se tranquiliza hasta que ve terminada vuestra faena, dejando libre el paso; porque desde el momento en que os honra con su confianza, se cree la verdadera dueña de la casa.

Cuando algun peligro amenaza en el nido á sus queridos hijuelos, la golondrina tiene un grito de guerra, al que no dejan nunca de acudir todas las compañeras que lo oyen, dispuestas á defenderla mientras les quede un soplo de vida, porque la golondrina no ignora que la union constituye la fuerza.

Por las mañanas, al romper los primeros albores del día, entabla diálogos que la ciencia del hombre no ha podido aún traducir á la palabra, ese verbo divino que lo explica todo.

Lo que la golondrina habla con sus compañeras, el himno discordante que dedica á la luz del sol es un misterio para el hombre; supone, sin embargo, que entre ellas entablan diálogos que deben tener mucha analogía con esa verbosidad matinal que da vida y animacion á las casas de vecindad.

Nosotros ignoramos lo que se dirán las golondrinas y los gorriones, sus vecinos inmediatos, por las mañanas; mas á juzgar por el estrépito que arman es de sospechar que la conformidad de pareceres no reina entre ellos; pero desde ahora se puede afirmar que el gorrion será más intencionado y más epigramático en sus apreciaciones, porque el gorrion, que es el pájaro más tunante del reino alado, vive siempre en perpetuo recelo, mientras que la golondrina es tan confiada y bonachona, que deja á sus hijos al alcance de la mano del hombre.

La primera golondrina que vemos en el espacio practicando la increíble gimnasia de sus prodigiosas alas nos produce una inmensa alegría, porque ella es la anunciadora del buen tiempo; los cazadores, al verla, piensan en las codornices y dirigen una mirada cariñosa á su perro; y los labradores, frotándose las manos, limpian las eras y los graneros y hacen votos al santo patrono de su pueblo para que no falten las aguas de abril y mayo, fecundadoras de los campos.

Dice San Francisco que la golondrina llega á hacerse el ama de la morada del hombre, y muchas veces hablan tan alto que es preciso decirlas: *Hermanas golondrinas, ¿no podeis callar un poco?*

El poeta filósofo Michelet asegura, bajo la honrada fe de su palabra, que el hogar del hombre pertenece á la golondrina.

«Donde anida la madre,—dice,—anida luégo la hija y la nicta. Vuelven al mismo sitio todos los años y sus generaciones se suceden con mayor regularidad que las nuestras. La familia humana se extingue, se dispersa; la casa pasa á otras manos; las golondrinas siguen volviendo, sostienen su derecho de ocupacion.

»Así ha llegado esta viajera á ser el símbolo de la firmeza y de la fijeza del hogar. Tan apegada está á él, que muchas veces, aunque la casa se halle en obra, aunque la derriben en parte para volverla á construir, aunque la perturben durante mucho

tiempo los albañiles, no por eso dejan de volver á ocuparla estos pájaros fieles de perseverantes recuerdos.»

De buena gana escribiríamos un libro dedicado á la golondrina, si tuviéramos el talento analítico de Toussenel, al que sólo nos parecemos por nuestras condiciones de bimanos en el mundo humano y la afición á la caza, que, sin modestia, la tenemos tan bien sentada como la tuvo el sabio autor de *El mundo de los pájaros*; y le pedimos á Dios que no nos llegue en vida la hora del arrepentimiento como le llegó á Toussenel, que despues de haber cazado mucho *se cortó la coleta*, como decimos en España, y colgando los *chismes de matar* se dedicó á ser uno de los más furibundos protectores de los animales, habiendo sido ántes uno de sus más incansables perseguidores.

Respetemos, pues, á la golondrina; concedámosla siempre los cariñosos recuerdos de la hospitalidad caldea; su consecuencia en visitarnos, su amor á nuestro hogar, la hacen acreedora al título de *Benjamin de la familia*; dejemos siempre abierta la ventana por donde sale y entra, convirtiéndola en un derecho de servidumbre; no la hagamos nunca el menor daño, puesto que confía á nuestra honradez lo que más ama; sus hijos. Y no olvidemos que cuenta la tradicion que con sus alas arrancó tres espinas de la dolorosa corona de Cristo cuando enclavado en la cruz exhaló el último suspiro en la cumbre del Gólgota para redimir al hombre.

Madrid 20 abril de 1883.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

NOTICIAS GEOGRAFICAS

Es cosa sabida que las dunas ó médanos de arena cambian de sitio habiendo algunas que adelantan cada año 20 metros, y que en muchos años han cubierto bosques y aldeas. En la Prusia oriental hay una aldea de pescadores que ya ha cambiado por este motivo tres veces de sitio. Ahora empero sucede esto con una montaña, no ya en la costa sino en el interior, en Francia, entre Lyon y Montbrison. El ferrocarril que une las dos localidades necesitó cuando su construcción hace 20 años que se hiciera un ligero desmonte al pié de la citada montaña; y no hubo novedad desde entonces hasta principios del mes de marzo de este año. La montaña parece ahora que quiere pasar al otro lado de la vía, y la administración tiene que hacer quitar diariamente algunos millares de metros cúbicos de tierra para tener despejada la vía, lo cual no siempre le ha sido posible y ha tenido alguna vez que interrumpir el servicio. En la actualidad estudia una comisión científica este fenómeno singular.

* *

Segun un telegrama dirigido á la Agencia Reuter, el gobierno de la colonia oceánica de Queensland acaba de tomar formalmente posesion de las islas de Nueva Guinea.

NOTICIAS VARIAS

DINAMITA.—De un discurso popular leído recientemente por Abel, el profesor químico del arsenal de guerra de Woolwich, resulta que en 1867 importó la fabricación de materias explosivas como nitroglicerina, dinamita y otras análogas unos 11,000 kilogramos; al año siguiente llegó ya á 68,000, en 1872 á 1.350,000, y el año pasado á 11 millones de kilogramos. El aumento ha sido en 15 años de 1,000 por 1.

* *

LA DEUDA DE INGLATERRA.—Háse calculado que pesaría en moneda de oro 6,282 toneladas; en plata 120,000. En monedas de cien reales colocadas una encima de otra resultaría una columna de 710 millas inglesas; colocadas



EL BIBLIOFILO, dibujo por Fortuny

horizontalmente en línea abarcaría una extensión de 11,048 millas; y finalmente distribuida entre la humanidad entera recibiría cada individuo que puebla nuestro globo veinte pesetas.

* *

MOLUSCO Y PERLA.—Háse pescado hace poco una concha, cerca de las islas de Andaman, que pesa sin el animal 116 kilogramos y mide 1'23 por 1'15 metros. La carne del animal bastó para la comida de los 16 hombres que con cuerdas, cabrestante y palancas lo sacaron del mar.

Cerca del puerto de La Paz en México ha cogido otro pescador una perla, la más hermosa que hasta el día se conoce. Es de una blancura perfecta, de forma ovalada, larga de 25 milímetros y su diámetro en el extremo delgado 18 centímetros. El pescador pide por ella 250,000 pesetas, y caso de no encontrar comprador en América, se propone venir con su tesoro á Europa para ver si lo vende en París ó en Londres.

* *

LOS INCENDIOS EN NUEVA YORK.—En este país se contaron el año último 3,001 incendios, que han ocasionado una pérdida de 4.194,900 pesos fuertes, ascendiendo los seguros á 21.393,401 duros.

* *

CABLES SUBMARINOS.—La longitud total de los cables submarinos actuales es de 111,000 kilómetros, es decir, más de dos veces la circunferencia de la Tierra. Partiendo del supuesto de que cada cable contenga cuarenta alambres (comprendidos los de la cubierta exterior) resulta que la cantidad de alambres de hierro y de cobre inver-

tidos en estos medios de comunicación comprende 2 millones y medio de millas de longitud ó sea diez veces la distancia de la Tierra á la Luna.

EL ESPEJO

No sabemos si la casualidad de ver reflejarse su imagen en el limpio cristal de tranquilo lago ó en el remanso de bulliciosa fuente, ó el deseo de ver las partes del propio cuerpo que están naturalmente fuera del alcance de nuestra vista, fué lo que despertó en el hombre la idea de procurarse un auxiliar mediante el cual pudiera satisfacer lo que de todos modos suponía una necesidad.

Ni nos atreveremos á decir si fué el hombre ó la mujer el primero á quien hubo de asaltarle tal idea, ántes ó despues de haber perdido su inocencia, teniendo los ojos del alma cerrados para todo cuanto pudiese estimular sus naturales aficiones, ó luego de haberlos abierto y hecho vibrar todas las fibras de su organismo el espíritu de la tentación.

Si fué el hombre, ántes de dejarse arrastrar al pecado, debió sin duda ser con el sencillo fin de cerciorarse de si, en efecto, era hecho á semejanza de su Creador; si fué la mujer, despues de haber escuchado las malhadadas palabras del infame reptil, debió ser seguramente á consecuencia de un efecto de vanidad.

Nos inclinamos á creer que el deseo de parecer bien, aparte de la más ó menos intervención de la necesidad, hubo de ser el principal móvil de esa invención sin la cual no nos fuera permitido ver nuestro rostro y arreglar nosotros mismos nuestro tocado.

Sea como quiera, el uso de ese instrumento que nos facilita esto que tuvo á bien negarnos la naturaleza, y hace que podamos atender á nuestro aseo y compostura sin necesidad absoluta de la intervención de segunda persona, el uso del espejo—*speculum*—se remonta á remotísima antigüedad: Moisés en el cap. XXXVIII, v. 8, del *Exodo*, y Job en el cap. XXXVII v. 18, nos hablan ya de él.

Sin embargo, Homero ni siquiera lo menciona en el pasaje en que describe con los más minuciosos detalles el tocado de Juno.

En los tiempos históricos de la Grecia se trata con frecuencia del utensilio en cuestión, como se ve en la *Ciropedia* de Jenofonte, VII, 1, pár. 2, y en la *Medea*, v. 1161, y el *Orestes*, v. 1112, de Eurípides, y es muy posible que ya entonces fuera desde mucho tiempo conocido, puesto que toda sustancia capaz de recibir un brillante pulimento puede alcanzar el objeto que hoy llenan esas láminas de cristal ó de vidrio azogadas por la parte posterior, en las cuales se representan los objetos que se ponen delante, y que seguramente cierta analogía física ha hecho que se les diese el nombre del satélite que nos refleja los rayos solares.

Segun Artemidoro, en su *Oneirocrita*, III, 30, se empleaban á guisa de espejos, fuentes ó vasos de ancho fondo, y tambien copas cuyo interior estaba dispuesto de tal modo que reflejaba varias veces la imagen del que bebía.

Los espejos antiguos eran ordinariamente de metal.

En el origen se servían para esto de una liga de estaño y cobre; mas luego se empleó generalmente la plata, como consigna Plinio en su historia natural XXXIII, 9, 45.

Este mismo autor dice que los primeros espejos de plata fueron fabricados por Praxiteles en tiempo del gran Pompeyo; pero ya hace mencion el poeta Plauto.

Su uso fué tan comun durante el imperio, que se servían de ellos hasta los esclavos.

Se mencionan en el *Digesto* cuantas veces se trata de vajilla de plata.

Segun el citado Plinio, se hacian al principio, de la plata más pura; mas en lo sucesivo se empleó metal de calidad inferior.

Vitruvio, VII, 3, pag. 204, refiere que algunas veces la placa de plata pulimentada destinada á este uso era muy delgada; pero que la bondad del espejo dependia esencialmente del espesor de la placa, que cuanto más grueso tenia, más fuertemente reflejaba los objetos.

En algunos pasajes de autores antiguos, como en la Hécuba, v. 925, de Eurípides, en las Cuestiones naturales, I, 17, de Séneca, y las Historias várias, VII, 58, de Eliano, encontramos que se hace tambien mencion de espejos de oro; pero se ha notado que es muy posible que el epíteto con el cual se designa el oro como la materia del utensilio de que se trata, se refiera más bien á los adornos y demás accesorios, que al mismo espejo, así como nosotros tambien decimos un reloj de oro, aunque sólo la caja sea de este metal.

Además de los metales, los antiguos empleaban piedras para fabricar sus espejos; pero esto es tan raro, que podemos concluir que estaban más destinados á servir de adorno que de útiles de tocador.

Plinio XXXVI, 26, 67, cita la piedra obsidiana como particularmente propia para este uso, y Suetonio nos hace saber que Domiciano hizo guarnecer toda una galería de piedras, que él llama *phengites*, que reflejando los objetos, le permitian ver lo que pasaba detrás de él.

No se sabe positivamente qué es necesario entender por esas *phengites*; serian sin duda una especie de selenita ó cal sulfátea laminar; pero no se puede concluir de esto que los antiguos se servian de esta materia para fabricar espejos.

Se hacian tambien de rubís, si se ha de creer á Plinio, que se apoya para formular esta aserción en la autoridad de Teófrastes; pero todo parece revelar que comprendió mal el pasaje de este autor, en el cual se funda.

Isidoro XVI y el citado Plinio XXXVII aseguran que Neron tuvo uno de esmeralda.

Los antiguos conocieron al parecer lunas semejantes á las nuestras, que consistian en una lámina de vidrio guarnecida por detrás de una leve plancha de metal, las cuales se fabricaban en tiempo de Plinio en las célebres vidrierías de Sidon; pero eran probablemente muy inferiores á los espejos de metal, puesto que jamás llegó á generalizarse su uso y nunca se hace mencion de ellos entre los muebles de lujo, como sucede con los otros.

Plinio parece hacer alusion á dichas lunas, en otro pasaje donde habla de un espejo guarnecido de oro por detrás; pero se hace incomprensible, si no se admite que conocia los espejos de vidrio.

Segun el mismo autor, XXXIII, 9, 45; XXXIV 17, 48, los mejores espejos de los hechos con una liga de cobre y estaño, se fabricaban en Brindis.



EL MENDIGO, copia de una acuarela del baron M. Lazzaroni

Esta liga forma un metal blanco, que si no se conserva con el mayor cuidado, se deslustra muy pronto, y no puede servir sin limpiarse y pulirse de nuevo; por cuya razon se ponian al lado de tales espejos una esponja y una piedra pómez, segun el testimonio de Platon, *Timéo*, pag. 72, y Vossius, *Cátulo*, pag. 97.

Estos espejos eran generalmente pequeños y á propósito para llevarse á la mano de un punto á otro.

La mayor parte de los que se conservan en los museos son de esta clase, generalmente de forma redonda ú oval, guarnecidos de un mango.

Propercio VI, 7, 75, 76, nos hace saber que en vez de estar fijos en la pared, ó tenerse por sí mismos sobre una mesa ó sobre el pavimento, los sostenian por lo general las esclavas delante de su señora mientras se vestia.

Los pintores de vasos representaron con frecuencia esta escena.

Sin embargo, habia tambien espejos de mayores

dimensiones, propios para reflejar el cuerpo entero.

El de que se servia Demóstenes para ejercitarse delante de él en el sublime arte de la oratoria, segun nos dice Quintiliano en sus *Instituciones oratorias*, XI, 3, pár. 66, era probablemente de esta clase.

Por el *Digesto*, 34, tit. 2, y Vitruvio, IX, 6, pag. 280, sabemos que alguna vez los aplicaban á la pared, aunque este modo de colocarlos no fué habitual.

Suetonio en su *Vida de Horacio* habla de una habitacion de la casa del poeta, guarnecida de espejos; pero Lessing considera la expresion de que se sirve este autor (*speculum cubiculum*) como contraria al genio de la lengua latina, y en su consecuencia juzga todo el pasaje como supuesto.

Sin embargo, es probable que este modo de decorar las habitaciones no les fuera desconocido, puesto que Claudiano, describiendo la cámara de Venus la representa cubierta por todas partes de espejos, de manera que hacía cualquier lado que se volviese la diosa, veía su imagen.

Vemos el espejo frecuentemente mencionado cuando se trata de la diosa del amor y la hermosura, mientras que por el contrario, á la sábia y poderosa Minerva se la presenta como no haciendo uso de él.

Esto viene en apoyo de que la invencion del espejo tal vez fué sugerida por el deseo de parecer bien, con el fin de agradar, y que su origen es tan antiguo como el primer latido de vanidad que brotó en el corazon de la mujer.

No pretendemos eximir al hombre de lo que pueda caberle en la cuestion; en todas las épocas han existido los Narcisos, y por otra parte, la necesidad de semejante utensilio es forzosamente lógico que naciera con la especie.

La manera universal, puede decirse absoluta, con que ha llegado á generalizarse su uso, nos lo pro-

baria, aún cuando no existiesen otras valiosas razones.

No necesitamos hacer observar el papel que en materia de ornato juega el espejo entre nuestros muebles, y nada podemos añadir, respecto á su utilidad, que no sepan de sobra hasta los más ignorantes; quedan cumplidos nuestros propósitos con haber suministrado las noticias históricas que nos hemos tomado el trabajo de recoger de los citados autores, con el buen deseo de prestar un servicio á la curiosidad, y obedeciendo al espíritu de investigacion que hoy se extiende á todas las esferas.

Suponemos que nos lo agradecerán lo mismo la coqueta, que encuentra en el espejo el medio de poder aumentar sus naturales atractivos, que el dandy á quien le facilita poder dar á su elegancia mayor realce, que el hombre serio al cual le permite poder hacerse mejor el lazo de la corbata.

JUAN JUSTO UGUET

Nueva publicacion: estamos preparando para publicarla en breve una edicion económica de la Sagrada Biblia y demás obras ilustradas por Gustavo Doré, cuya propiedad pertenece á esta casa editorial, lo que avisamos para conocimiento de los corresponsales que nos tienen hechos pedidos de estas obras.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON